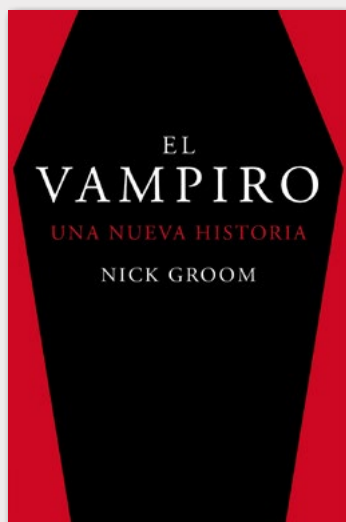


Vampiros. Una pandemia con estilo gótico

Nick Groom nos presenta “un vampiro” que, lejos de ser una criatura maligna primordial, es fruto de la modernidad, del encuentro entre racionalidad occidental y folclore oriental y espejo (!) de los miedos, prejuicios, obsesiones y anhelos de nuestra propia sociedad.



El vampiro. Una nueva historia

978-84-120798-6-9

336 páginas + 16 en color

15,5 x 23,5 cm

Rústica con solapas

P.V.P. 24,95 €

Tres siglos después de que un brote vampírico aterrorizara a la Europa central y dos siglos después de que el *The Vampyre* de Polidori irrumpiera en la escena literaria, llega esta nueva historia acerca del vampiro, que rastrea sus orígenes hasta un momento y un lugar: 1725, en las fronteras orientales del Imperio de los Habsburgo. Una serie de terroríficos acontecimientos sobrenaturales captó la atención de doctores, científicos y teólogos de todo el continente, que cristalizó en el choque entre la naciente racionalidad de la Ilustración y el folclore tradicional de los Balcanes. La investigación que derivó de esos hechos fue un tema de fascinación popular, mucho antes incluso de que poetas y escritores fueran también presas de una "vampiromanía" que alcanzó su punto álgido en 1897 con el *Drácula* de Bram Stoker. En esta nueva historia en torno al vampiro, Nick Groom, profesor de literatura inglesa en las universidades de Exeter y Macau y experto en literatura gótica, desentierra la compleja historia de una criatura de ficción devenida en icono, desde los tempranos intentos médicos por sustanciar la leyenda, a las supersticiones de la sangre y el cuerpo, las fuentes sobre Drácula o su relevancia en la cultura popular contemporánea. En este fascinante trayecto, Groom demuestra que el vampiro ha servido siempre para desafiar los convencionalismos, y es por ello por lo que en el presente se erige en un antihéroe esgrimido por los marginados y excluidos. ¿Criatura de ficción, hemos dicho?

«Colossalmente inteligente [...] Groom está interesado en los no-muertos de Byron, pero está más interesado aún en los aspectos de la vampirología que la cultura pop tiende a descuidar [...]». *The New Yorker*



Además de académico respetado, **Nick Groom** es un popular autor y comunicador en el Reino Unido. Profesor de Literatura en las universidades de Exeter, Bristol, Stanford y Chicago, y recientemente contratado por la Universidad de Macau. Además de impartir clases en cultura gótica y el único curso de grado especializado en las obras de J.R.R. Tolkien, sus investigaciones se han centrado en las construcciones culturales, la identidad nacional, la cultura popular historicista y el folclore, y más recientemente, en especial en la literatura gótica y en las historias de vampiros. Autor aclamado por la crítica, ha escrito o editado más de una docena de libros, incluidas cuatro novelas góticas para Oxford University Press. Conocido en los medios como "el Profesor Gótico", es colaborador habitual de *The Financial Times*, *Times Higher Education*, *The Independent* y del *Times Literary Supplement*.

Disponible el miércoles 1 de julio. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

UN APUNTE ACERCA DE LA ETIMOLOGÍA DE LA PALABRA *VAMPIRO*

INTRODUCCIÓN: CREACIÓN. PENSAR EN VAMPIROS

PARTE I CIRCULACIÓN, SIGLOS XVII Y XVIII

CAPÍTULO 1. Desenterrar a los muertos:

medicina y detección, cuerpo y mente

CAPÍTULO 2. Las tierras de sangre:

lugar y raza, territorio y viajes

CAPÍTULO 3. Teología fantasmal:

religión racional, razón espiritual

CAPÍTULO 4. El pacto de los no muertos:

catolicismo e Ilustración, santidad y peligro

PARTE II COAGULACIÓN, SIGLO XIX A LA ACTUALIDAD

CAPÍTULO 5. Culturas de la muerte:

Romanticismo gótico, palabras mortales

CAPÍTULO 6. Patologías mortales:

ser bestial, mentiras vivientes

CAPÍTULO 7. Sangrar oro:

capitalismo gótico y consumismo

de los muertos vivientes

CAPÍTULO 8. El conde, *Drácula*:

humo y espejos. Pluma, pintura y sangre

CONCLUSIÓN: CON UÑAS Y DIENTES. VIVIR CON VAMPIROS

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE ANALÍTICO

DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«En esta deslumbrante historia, traza su trayectoria, basándose en “evidencias desde los tratados teológicos a los informes médicos, de los diarios de viajes a las alegorías políticas, y de la poesía y la ficción a los tratados de ocultismo”, y revela por qué los vampiros “pueden cambiarnos todavía tan poderosamente como lo han hecho durante casi tres siglos”. Abordando algunos de nuestros sentimientos más profundos sobre la sangre, el género, la raza, la ciencia y la sociedad, los vampiros, simplemente, son “buenos para hacernos pensar”.»

Times Higher Education

«Colossalmente inteligente [...] Groom está interesado en los no-muertos de Byron, pero está más interesado aún en los aspectos de la vampirología que la cultura pop tiende a descuidar [...].»

The New Yorker

«Nick Groom concluye este estimulante estudio sobre los vampiros sugiriendo que deberíamos tratar de ser un poco más como ellos. Afortunadamente eso no implica merodear alrededor de los bancos de sangre [...] Más bien, Groom quiere que pensemos sobre los vampiros como una forma de re-encantar la condición humana contemporánea.»

The Guardian (Book of the Day)

«Una gran labor – un tapiz de historia, ciencia, pseudociencia, teología, política y arte.»

The Weekly Standard

«Groom consigue analizar de manera impresionante la influencia de los vampiros en casi todas las facetas de la vida pública y privada (social, teológica, política, médica, cultural, sexual, literaria...) a lo largo de cuatro siglos.»

Commonweal

«Una minuciosa investigación acerca de la historia de una de las criaturas más icónicas del terror, explorando la leyenda a través de las lentes del arte, la literatura, la medicina, la cultura, la religión y mucho más.»

Bustle.com

«Groom logra, y es la primera vez que se ha hecho, contextualizar concienzudamente al vampiro a lo largo de los cambios culturales de los dos últimos siglos de historia de Europa: un notable logro.»

Ronald Hutton, autor de *The Witch*

«En esta erudita y cautivadora historia del vampiro, Nick Groom explora el viaje del chupasangres a través de la Ilustración europea y más allá, iluminando amplios aspectos de la religión, la medicina y la cultura por el camino. De este modo, Groom proporciona una valiosa prehistoria del Drácula literario.»

Owen Davies, autor de *Grimoires*

«Nuestra larga y secular fascinación con los muertos vivientes recibe una fresca y bienvenida consideración por Nick Groom, quien escarba en la realidad histórica (y en la irrealidad) con una profunda valoración del significado cultural y la metáfora.»

David J. Skal, autor de *Something in the Blood*

DOSIER DE PRENSA





PRÓLOGO

Desde los comienzos del siglo XVIII, el vampiro ha acechado en la tradición cultural e intelectual occidental, no solo como mero personaje sobrenatural de la ficción gótica, sino como una poderosa herramienta que da sentido a la condición humana. La investigación de los vampiros como revinientes no muertos se ha visto teñida por los cambios en la definición de lo humano, las nuevas formas de pensar, el desarrollo en la medicina y la biología, la teología y la filosofía ilustrada, la política y la sociología, la teoría psicosexual, el medioambiente y la ecología. Aunque la mayoría de las historias de vampiros se centran en el *thriller* sobrenatural de Bram Stoker, *Drácula* (1897) y en el cine de terror sensacionalista del siglo XX, más de un siglo y medio antes de que Drácula desembarcara en Whitby los vampiros ya desafiaban los convencionalismos. Eran renegados siniestros cuya militante emergencia manifestó cuáles eran los problemas e inquietudes esenciales de la época, desde las nuevas investigaciones en medicina y ciencias de la vida hasta el juego de poder de la política imperialista. Y a pesar de la saturación vampírica actual en la ficción juvenil, la televisión y el cine de franquicia, los vampiros aún contienen el poder de transmitir y hacer frente a los problemas contemporáneos más acuciantes. Son, de hecho, experimentos mentales errabundos que se hallan en la periferia de la comprensión y pueden ayudarnos a entender las inquietudes actuales, desde el control de fronteras al contagio de epidemias.

Este libro es una nueva historia del vampiro, pero he de hacer una advertencia. En primer lugar, no hago un recorrido exhaustivo por cada tipo de chupasangre sobrenatural que ha existido desde el principio de los tiempos. Hay multitud de estudios transhistóricos y transnacionales que hacen una selección de brujas, demonios, licántropos y fantasmas de distintas culturas para defender que el vampiro ha sido una amenaza eterna (desde luego, inmortal) para la humanidad. No es la premisa de este libro. En su lugar, sostengo que el vampiro es una figura perfectamente delimitada que pertenece a un periodo determinado y un lugar con-

creto y, por tanto, posee unas manifestaciones y cualidades reconocibles, en especial respecto a la sangre, la ciencia, la sociedad y la cultura. Puede que los vampiros se hayan originado en la oscura crónica de diversas creencias folclóricas; sin embargo, solo pasan a ser «vampiros» propiamente dichos cuando penetran en la corriente sanguínea europea como vampiros que ya no forman parte del panteón general de no muertos, muchos de los cuales –fantasmas, ghouls, revinientes– han mostrado su apetito por la sangre durante siglos, pero no son vampiros.

En segundo lugar, ya que se trata de una «nueva historia», hago hincapié en los casos vampíricos de los siglos XVIII y XIX anteriores a la novela de Stoker. Por ese motivo espero que atraiga a los lectores cuyo interés por los vampiros procede de *Drácula*, puesto que los dos siglos anteriores de vampirismo y los campos donde aparecen les puede suponer una sorpresa. Esa es la ambición de este libro: que los fans de *True Blood*, por poner un ejemplo, descubran la historia de los vampiros –todos aquellos anteriores a Drácula– y comprendan cómo y por qué el libro de Stoker es la brillante culminación de décadas de debate, y por qué *Drácula* revolucionó la vampirología de los siglos XX y XXI. Mi intención original era minimizar la importancia de *Drácula*, considerándolo simplemente un ejemplo representativo de la ficción vampírica victoriana de época tardía, pero la novela está tan impregnada de los innumerables debates de su tiempo sobre vampiros, sangre, ciencia, tecnología y literatura que todos los caminos de los (no) muertos conducen a *Drácula*, del mismo modo que también todos se alejan de él. Ese primer viaje, la genealogía de este personaje, será el foco de este libro. Espero que los linajes de sangre vampírica posteriores, ya de nuestra época, resulten claros para los lectores contemporáneos, y también (quizá sea más importante) la diferencia entre los vampiros del pasado y los actuales dé lugar a una pausa para la reflexión.



INTRODUCCIÓN

El regreso de los muertos es un temor primario. Abundan los relatos de fantasmas y revinientes en los mitos, en las leyendas y en el folclore; historias de muertos que no conocen el reposo y buscan venganza contra los vivos. La magia negra, la posesión demoníaca o, simplemente, una fuerza de voluntad de intensidad aterradora pueden arrastrar a los cadáveres a un tipo de animación macabra que causará estragos antes de que terminen siendo eliminados o expulsados, o que al final agoten su energía sobrenatural.

Por lo general, se cuenta a los vampiros entre esta caterva infernal, pero son entidades muy distintas a los espíritus, diferenciadas del batallón de los no muertos, porque los vampiros obtuvieron la atención de los intelectuales europeos en un momento determinado y en circunstancias muy específicas. A diferencia de los fantasmas o demonios, que tienen antecedentes bíblicos, los vampiros fueron, en la práctica, *descubiertos* y, por esa razón, poseen una historia y un significado susceptibles de definición. La ciencia emergente de la vampirología no se centró en el testimonio de testigos, como en el caso de los fantasmas y las apariciones, sino que trató a los vampiros como seres físicos con un «cuerpo» auténtico de evidencia que consistía en los cadáveres del perpetrador y de las víctimas. Por ese motivo, los vampiros no suponen el regreso de demo-

nios primordiales de la Antigüedad, sino que son criaturas de la Ilustración: su historia está arraigada en el enfoque empírico de la investigación científica que se desarrolló en el siglo XVIII, en la política europea y en las corrientes de pensamiento más recientes. En otras palabras, forman parte del mundo moderno o, mejor dicho, la forma de estudiarlos fue, sorprendentemente, moderna. Los vampiros surgieron cuando la razón ilustrada chocó con el folclore de Europa oriental; un encuentro en el que se intentó dotar de sentido al vampiro a través del razonamiento empírico y, al tratarlo como si fuera creíble, se le otorgó realidad.

Es por ello que los vampiros cuentan con una prehistoria enraizada en el folclore y, desde principios del siglo XIX, los vampirólogos se han esforzado en trazar sus orígenes a través de ejemplos ahistóricos y arquetípicos de la monstruosidad. Sin embargo, pese a toda su vitalidad póstuma, es obvio que Spalding de Dalkeith no es un vampiro: cualesquiera que fueran sus actividades como no muerto, no regresó de la tumba para chupar la sangre de los vivos. No obstante, si se tiene en cuenta la forma de ejecución y el tratamiento posterior de su cuerpo, el caso de Spalding nos muestra la médula misma de la superstición *post mortem* justo antes de la llegada del vampirismo propiamente dicha.



DOSIER DE PRENSA



1

DESENTERRAR A LOS MUERTOS

La segunda venida

Mientras el caso de Plojojowitz se cocía a fuego lento en el imaginario colectivo, hubo otros dos brotes en la aldea serbia de Medwegya, cerca de Belgrado.³⁴ En 1727, un antiguo soldado o haiduque, Arnod Paole (aparece con las variantes de Arnond, Arnont, Arnold Paul o Paule) regresó a Medwegya, su pueblo natal, se instaló en una granja y se comprometió con Nina, la hija de su vecino. Por desgracia, Paole murió antes de que pudieran casarse al volcar el carro de heno que conducía, aunque el motivo por el que había abandonado el Ejército y huido a su aldea natal fue porque había contraído vampirismo, es posible que de un *vrykolakas* turco-serbio. Paole, atormentado por la criatura, había intentado expulsarla comiendo tierra de la tumba del vampiro y empapándose con su sangre, pero unos cuarenta días después de su muerte (el periodo varía) se alzó de su sepultura y mató a cuatro personas. Aunque Paole solo aparecía de noche, era capaz de atravesar puertas y ventanas cerradas con llave:

[...] exhumaron a este Arnoldo Paole cuarenta días después de su muerte y encontraron que estaba entero e intacto y la sangre fresca fluía de sus ojos, nariz, boca y oídos. Su camisa, sudario y ataúd estaban empapados de sangre. Se le habían caído las uñas viejas de las manos y los pies y le habían crecido nuevas. Entonces vieron que de verdad era un vampiro. Cuando, según su costumbre, le clavaron una estaca en el corazón, emitió un grito feroz y la sangre manó a borbotones. Ese mismo día lo cremaron y arrojaron sus cenizas a la tumba.³⁵

Después, desenterraron a las cuatro personas que había asesinado y las trataron de la misma manera.

Puede que en esa ocasión los muertos descansaran, pero hubo una segunda oleada de ataques en 1731, con trece fallecidos que los lugareños atribuyeron de nuevo a los *vambyres*. Una vez más, se exhumaron las tumbas y encontraron los cadáveres frescos. Las autoridades enviaron un equipo médico para investigar, dirigido por un epidemiólogo llamado Glaser (*Contagions-Medicus*, experto en enfermedades infecciosas). También acudieron Johann Flückinger (un cirujano

militar) y dos médicos, Isaac Siedel y Johann Friedrich Baumgartner.³⁶ El equipo médico se encontró con que los cadáveres acusados de vampirismo estaban siendo decapitados e incinerados de manera sumaria:

La gente afirma también que todos los asesinados por vampiros terminarán por convertirse en uno. Por esa razón, las cuatro personas mencionadas recibieron un trato similar. Ha de añadirse que Arnoldo Paole no solo atacó a personas, sino también al ganado y le chupó la sangre. Como la gente comió la carne de ese ganado, aparecieron varios vampiros. En el transcurso de tres meses fallecieron siete jóvenes y ancianos, varios sin ninguna enfermedad previa y en el transcurso de dos o tres días como máximo. El heyducke Jehovitzta declara que su nuera Stanicka quince días antes se había ido a la cama lozana y saludable. A medianoche, sin embargo, empezó a proferir un chillido espantoso mientras dormía, pasó mucho miedo y se puso a temblar. Dijo que Milove, el hijo del Heyducke, que había muerto nueve semanas antes, la había ahogado. Comenzó a sufrir diversos dolores en el pecho y empeoró hora tras hora, hasta que al final murió al tercer día.³⁷

Los vampiros descubiertos incluían varias mujeres que se citan por el nombre (Stanacka, Stana, Miliza, Ruscha, Stanoicka), dos haiduques (Stancha y Milloe), un sirviente (Rhade), dos adolescentes (Milloe y Joachim), dos niños de 8 y 10 años y dos mujeres con bebés.³⁸ Flückinger realizó una autopsia al menos a uno de los cadáveres: Stana, una mujer que se había embadurnado con sangre de vampiro para protegerse y que murió al dar a luz. Al examinar el cadáver, descubrió que estaba repleto de sangre fresca, tenía uñas nuevas y le estaba creciendo piel debajo de la vieja. El brote era virulentamente contagioso: Paole había sido incapaz de protegerse de la contaminación inicial y había vampirizado no solo a los humanos, sino también a las ovejas. La plaga se había extendido todavía más después de comer su carne: era una enfermedad interespecífica.

EL PACTO DE LOS NO MUERTOS

Catolicismo e Ilustración, santidad y peligro

La Iglesia católica romana prestó un interés especial a la plaga de vampiros del siglo XVIII, al igual que los pensadores de la Ilustración, como los *philosophes* franceses. Para los teólogos católicos y protestantes, los vampiros eran una posible evidencia de que existía algún tipo de vida después de la muerte y, como los milagros, ofrecían una prueba de lo sobrenatural. Pero en estas áreas fundamentales de la fe cristiana el catolicismo difería profundamente del protestantismo. Con respecto a los fantasmas, por ejemplo, los protestantes los consideraban entidades enviadas desde el cielo o el infierno, visitas de compasión angélica o de malevolencia demoníaca. Sin embargo, en el pensamiento católico los fantasmas habitaban en la realidad transitoria del purgatorio, el interludio entre la felicidad perpetua o el sufrimiento sin fin. Eran almas desencarnadas, incapaces de hacer otra cosa que señales de arrepentimiento o amonestación. Aunque pudieran ofrecer guía moral, la mayoría se contentaba con visitar a sus familiares supervivientes y recordarles que les dedicaran misas para acelerar su paso hacia el cielo. Estas almas del purgatorio eran diferentes de las visiones divinas o diabólicas –las apariciones de la Santísima Virgen María o la opresión que provocaban los incubos– debido a su transitoriedad y su limitado albedrío y se presentaron como prueba de la vida después de la muerte católica, mientras que los protestantes las consideraban una confirmación de la intervención piadosa en los asuntos humanos.⁴

Sin embargo, los vampiros, a pesar de compartir varios rasgos con los fantasmas –el más evidente es que pertenecen al grupo de los no muertos– no eran católicos o protestantes de forma demostrable e indiscutible. Aunque tuvieran una malignidad descomunal como la de algunos fantasmas protestantes y fueran muy capaces de causar daño físico real, también eran claramente corpóreos. Para un católico no podían ser ánimas del purgatorio, pero ¿podrían ser ilusiones diabólicas? Si fuera así, se arriesgaban a concederle más poder al Diabolo del que permitía la teología moderna. ¿Eran, entonces, algo completamente distinto, monstruos preternaturales o demonios viscerales? Los vampiros supusieron un desafío para el credo y el pensamiento lógico protestante y católico y pusieron a prueba las diferencias dentro de la Iglesia cristiana. Aunque diera como resultado un acuerdo incómodo entre ambos en torno a la inexistencia de los vampiros, cada uno abordó el problema de forma totalmente distinta. Mientras los teólogos protestantes ignoraban tenazmente a los vampiros, los católicos se esforzaron por acomodarlos en su visión del mundo y hacerlos congruentes con sus creencias. Al mismo tiempo, los principales filósofos europeos de la Ilustración que se dedicaban a la epistemología y la determinación de las leyes de la naturaleza se enfrentaron también al fenómeno de los vampiros. Dieron mucho en lo que pensar no solo a los sacerdotes, arzobispos e incluso al papa, sino también a Voltaire, Jean-Jacques Rousseau y Denis Diderot.





SANGRAR ORO

Ciencia de la sangre

El siglo XIX fue una época obsesionada por la sangre y la ciencia en torno a ella, desde los experimentos de transfusión intravenosa hasta la pureza de sangre y las enfermedades hereditarias. El filósofo Immanuel Kant creía que las características de las nacionalidades europeas eran inherentes a la sangre –«carácter innato, natural, que reside, por decirlo así, en la mezcla de sangres de los hombres» (1798); mientras que en la novela de Thomas Hardy, *Jude the Obscure* (*Jude el oscuro*, 1895), Drusilla Fawley advierte a su sobrino: «Tenemos algo en la sangre». Sin embargo, ese «algo» se podía solucionar. Los mataderos atraían a los «bebedores de sangre» y la pintura de Ferdinand Joseph Gueldry en torno a la moda de beber sangre fresca causó sensación. Así la describió el editor de *The Magazine of Art* en 1898:

Una de las imágenes más populares del año es, sin duda, la representación de *monsieur* Gueldry de «Los bebedores de sangre», en la que un grupo de consumidores convalecientes, apiñados de forma desorganizada, beben la sangre fresca del buey recién sacrificado que yace en primer plano –la sangre se extiende por el suelo-. Los propios matarifes, empapados de sangre, reparten las copas como las mujeres ofrecen agua en los pozos. Se destaca la repugnancia del motivo gracias a la figura de una joven, pálida y temblorosa, que se aparta de la escena con desagrado, y acentúa así el que nosotros sentimos.⁶

La fe popular en las cualidades restauradoras de la sangre continuó considerándose a lo largo del siglo como una realidad científica y las transfusiones de sangre entre seres humanos se extendieron cada vez más. El mayor número de ellas se produjo con la dirección del cirujano John Duncan en Edimburgo, de 1885 a 1892.⁷

Esta fascinación por la sangre iba de la mano con la creciente popularidad de los cuentos de vampiros. Las mujeres eran especialmente propensas a la anemia y con la mejora de los microscopios en la década de 1830 se generalizaron las muestras y se emplearon instrumentos como el hemoglobinómetro para diagnosticar la enfermedad.⁸ Las mujeres, además, tenían pérdidas debido a la menstruación y se consideraba que su sangre era menos

espesa que la de los hombres. Por esos motivos se las asociaba al vampirismo y los propios vampiros se fueron alejando cada vez más de los seres rubicundos y abotargados de Europa Oriental y se convirtieron en las *femmes fatales* pálidas y cadavéricas.⁹ Como indica el poeta decadentista Arthur Symons en su poema «The Vampire»

Blanca criatura nocturna carente de rubor
cuya ansia de sangre ha palidecido sus frías venas,
venas nutridas de luz de luna sobre las tumbas
de los muertos.¹⁰

Por tanto la monstruosidad de Carmilla, por ejemplo, no fue ninguna sorpresa: las mujeres ya estaban conformadas a imagen y semejanza del vampiro a través de su linaje sobrenatural que procede de Lamia y Lilith. Las feministas, consideradas hermanas de estas monstruosidades, eran las «Mujeres Nuevas», promotoras del movimiento emancipador social y político de finales del siglo XIX: vestían de manera informal, fumaban, montaban en bicicleta e incluso –¡horror!– estudiaban carreras profesionales. Como el historiador del arte Bram Dijkstra sugiere:

[...] la Lamia del mito se consideraba una criatura bisexual, masculinizada, que robaba bebés de las cunas y para los hombres de principios de siglo representaba perfectamente a la Mujer Nueva que, a sus ojos, intentaba arrogarse privilegios masculinos, rehusaba los deberes de la maternidad y tenía la intención de destruir la armonía celestial de la subordinación femenina dentro de la familia. Lo mismo ocurría con Lilith.¹¹

Keats ya había advertido contra el peligro voluptuoso de la sexualidad inhumada de la serpentina Lamia y, con respecto a Lilith, según Dante Gabriel Rossetti, «ni una gota de su sangre era humana, / pero estaba conformada como una mujer dulce y suave». Al tiempo que se la demonizaba de forma literal, las mujeres también podían ser simples, metamórficamente bestiales: la comparación con los gatos era «prácticamente endémica en la década de 1890». Era como si las mujeres no solo se consideraran una especie distinta de los hombres: eran una forma de vida alienígena.



EL CONDE, *DRÁCULA*

Libros negros

Succionar y ser succionado forman parte de la misma economía hemodinámica que amenaza con fusionar al donante y al receptor en un único sistema cardiovascular que comparte la misma sangre, semejante al tráfico de dinero sucio. Además, cuando la vampirisa de pelo dorado se relame los dientes y los labios, Harker oye «la impaciente agitación de su lengua»: repulsivamente voluptuosa, carnívora y amenazadora: en ese sonido late un eco de la autofagia diabólica y de todo el discurso racionalista de la vampirología.⁴¹

El conde Drácula de Bram Stoker es un actor de las finanzas internacionales y de la inversión inmobiliaria, tanto el «archiconsumidor» como el director ejecutivo de un ocultismo corporativo internacional y sus reservas financieras son inmundas en sentido literal.⁴² Desde principios del siglo XVIII, los vampiros poseen intereses legales y comerciales y carteras de propiedades; manejan con habilidad las leyes de herencia, son diestros con los contratos y las escrituras. De hecho, el abogado Jonathan Harker comenta que el conde Drácula «seguramente sería un abogado estupendo»; como contrapeso, Abraham Van Helsing también es abogado «además de doctor en medicina».⁴³ El propio título de Drácula sirve de recordatorio de la frecuencia de las «cuentas» que aparecen en la novela: contabilidad, recuento, descontar, contable.⁴⁴ Las cuentas son potencialmente interminables y se puede entender Drácula como la encarnación de un capitalismo no regulado: según el crítico Franco Moretti, «se ve impulsado a un crecimiento continuo, a una expansión ilimitada de su dominio: la acumulación es inherente a su naturaleza».⁴⁵ En *Drácula*, entonces, la especulación económica parece ser tan na-

tural como la sangre y la biología, tan básica como el folclore primordial.

Mediante este lenguaje compartido de conceptos, la sangre y el dinero son sistemas circulatorios gemelos y el capital fluye en la sangre de Drácula: cuando Harker le corta la chaqueta con el machete cae un chorro de monedas de oro. ¿Se trata de un insulto racial encubierto? ¿Drácula posee rasgos judíos estereotipados de avaricia? ¿Hay una astuta refundición de la frase de Shylock en *Merchant of Venice* (*El mercader de Venecia*) de Shakespeare, «Si nos pincháis, ¿no sangramos?».⁴⁶ Aunque Drácula tenga la nariz «aguileña» (de acuerdo con las caracterizaciones raciales del judaísmo del siglo XIX), sus demás rasgos no concuerdan con el estereotipo: una vez rejuvenecido, luce un grueso bigote negro y, en cualquier caso, le describe a Harker con detalle su impecable ascendencia valaca, lo que implica una fe ortodoxa.⁴⁷

Además, el gasto de Drácula no está dirigido a establecerse en la alta sociedad y en Londres presenta un aspecto anómalo, puesto que lleva un sombrero curiosamente anticuado. La atención de Stoker a la ropa de Drácula es otra alusión a Calmet y a relatos anteriores. Calmet señalaba que los espectros a veces resucitaban después de meses o años y, cuando atormentan a los vivos chupándoles la sangre y causándoles la muerte, a menudo «se aparecen con sus vestidos a sus familias».⁴⁸ Drácula se ha apropiado de parte de la ropa de Harker, así que ese sombrero que no encaja podría ser propiedad de Harker: un astuto guiño de Stoker y, como gran parte del humor de la novela, de un mal gusto espantoso.⁴⁹



CONCLUSIÓN

El vampiro ya es universal, especialmente gracias a la épica obra de Bram Stoker, *Drácula*, y a la extensa industria cultural que se ha generado a partir de ella. Ha florecido durante casi dos siglos y cuestionado la misma esencia de qué es ser humano –combinando la ciencia médica con la teología y la filosofía, la política y las ciencias sociales–. A lo largo de su disidente existencia, ha abrazado las contradicciones entre la creencia racional y la intervención sobrenatural, la imposibilidad de definir el auténtico yo, los dilemas irresolubles de la experimentación médica, las patologías físicas y

psicológicas, los terrores macabros y las fantasías del consumo, así como la problemática de establecer la legitimidad social y política. Los vampiros no son simplemente otra criatura gótica más, sino *cosas* totalmente extrañas, «ctónicas»: catalizadoras de nuevas formas vertiginosas de imaginar la historia y el arte, la tecnología y la ideología. Los vampiros, como he expuesto, son rompecabezas de la historia que eluden su sepelio para revelar historias recónditas: historias más complejas, más perturbadoras, peligrosas y presentes. Lo hacían entonces y lo siguen haciendo ahora.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

